

raba felices todos los momentos que le concedía una sociedad tan santa. La noche, que se aproximaba, no permitía la partida, y tuvo la dicha de tener consigo á sus huéspedes hasta la mañana siguiente, y entonces, despues de los adioses mas tiernos y fraternales, tanto al Baron como á los cofrades de Chambery que los habian acompañado hasta allí, partieron para Annecy, adonde llegaron felizmente, tan consolados como edificados de tan piadosa peregrinacion (1).

El Prepósito, cuyo celo no admitia reposo, se entregó el mismo dia al ejercicio de su ministerio, siempre pronto á ir á donde le llamaban, y siempre atrayendo á la multitud ávida de oírle. El 10 de agosto, rogado por el cura de Annecy-el-Antiguo para ayudarle á celebrar la fiesta del patrono San Lorenzo, se rindió á los deseos de este digno pastor. El placer de ver celebrar al hombre de Dios y oír su sermon, unido á la proximidad de esta parroquia, que no dista sino un kilómetro de Annecy, atrajo en su seguimiento una multitud inmensa. A la vista de esta multitud, comprendiendo que cuanto mas numerosa es la reunion mas hay que temer los desórdenes, de que con frecuencia son ocasion estas fiestas, resolvió detener á todo el pueblo en la iglesia la mayor parte del dia, disponiendo de tal suerte los oficios, los sermones, el catecismo, la procesion y bendicion del Santísimo Sacramento, que no les quedó tiempo para ir á los bailes, los juegos y las tabernas. El proyecto era bello, su ejecucion difícil; pero el hombre de Dios supo tan perfectamente coordinar estas cosas, é interesar tan constantemente á todos los asistentes, que olvidaron las diversiones profanas por disfrutar sin mezcla estas puras alegrías de la religion, á las cuales nada de la tierra es comparable; y así aquella fiesta del santo patrono, en la que se temian abusos, fue un dia feliz para la piedad y la virtud (2).

(1) Carlos Aug., p. 75 y sig.

(2) Año santa de la Visitacion, 10 de agosto.

## CAPITULO II.

Mision del Chablais, y obstáculos que esperimento en los principios.

(De 1594 á 1595.)

Mientras que Francisco de Sales se entregaba con un ardor infatigable á los trabajos de su ministerio, la Provincia abrió ante él un filon inesperado; este fué la provincia del Chablais, que despues de haber sido largo tiempo devastada por la guerra y la herejía, pudo por fin, á favor de una tregua, ser confiada al celo apostólico que ardía en su corazon. Para comprender bien esto, es necesario tomar las cosas de mas lejos (1).

En el año de 1536, los protestantes del canton de Berna, que llevaban el celo de su secta hasta el frenesí, aprovechando el momento en que Carlos III, Duque de Saboya, estaba ocupado en la guerra contra Francisco I, que le habia arrebatado una parte de sus estados, hicieron á su vez una invasion en el pais de Vaud, de Gex y de Ternier, y el apoderarse de ellos fue solo negocio de algunos dias. Desde allí, siguiendo sus conquistas sin obstáculo, se hicieron dueños del Chablais hasta Thonon, y dividieron todos los paises conquistados mas allá del lago de Ginebra en cuatro distritos, los de Thonon, Ternier, Gaillard y Gex (2). Durante las primeras semanas, permitieron el libre ejercicio de la religion; pero habiendo las predicaciones de sus ministros, enviados para arrastrar estas poblaciones á la herejía, ocasionado un gran tumulto en la ciudad de Thonon, que no queria de ningun modo oír-

(1) Carta XLIX.—*El Apóstol del Chablais*, por Mr. de Baudry, t. I, p. 1 y siguientes.

(2) Dict. de Sav., t. II, p. 18; t. III, p. 412.

los (1), fué prohibido el ejercicio del culto católico, vedando el toque de las campanas, derribando las cruces y las imágenes, vendiendo y destruyendo gran número de iglesias, desterrando á los sacerdotes que no quisieron apostatar, lanzando á las religiosas de sus conventos, y dejándoles solamente una pensión para mantenerse en la casa paterna, y estableciendo en todas partes ministros en lugar de los pastores católicos. Este estado de cosas subsistió hasta 1564, en que Manuel Filiberto, hijo y sucesor de Carlos III y el héroe de su siglo, despues de haber recobrado en tiempo de Enrique II todo lo que habia conquistado á su padre el Rey Francisco I, obtuvo de los bearneses, por intermedio del Señor de Boisy (2), la restitucion de una parte del Chablais, con condicion de dejar allí el culto protestante solo en ejercicio, de pagar los ministros, y de no permitir ningun oficio del culto católico (3). Esta condicion tan dura no pareció al príncipe capaz de contentar largo tiempo á aquellos peligrosos vecinos, toda vez que no habian transigido sino por temor á sus armas, y que el día que cesaran de temer, intentarían tomar de nuevo lo que acababan de ceder; así es que instituyó, de acuerdo con Gregorio XIII, para resistir á sus ataques, la órden de los caballeros de San Mauricio y de San Lázaro (4), á la cual el Papa dió y unió todos los bienes eclesiásticos del Chablais, y otros territorios tomados á los herejes, donde no se hacia ningun ejercicio del culto católico; pero con la condicion espresa que, á proporcion que los

(1) Ruchat, t. V, p. 648, y t. VI, lib. XV.

(2) *Casa de Sales*, p. 186.

(3) Carta XLIX. — Carlos Aug., p. 77.

(4) Manuel Filiberto, fundador de esta Orden, era un valiente capitán que mereció, por sus grandes talentos militares, el mando del ejército imperial en el sitio de Metz; ganó en 1557 sobre los franceses la famosa batalla de San Quintin, y recobró, gracias á las hábiles negociaciones del Señor de Boisy, casándose con Margarita de Francia, hija de Francisco I y hermana de Enrique II, la parte de sus estados que la Francia habia arrebatado á su padre. Su hijo Carlos Manuel I, llamado el Grande, le sucedió á la edad de diez y ocho años, y reinó diez. Tenia mucho talento y viveza; hablaba con gusto y elocuen-

Obispos restablecieran las iglesias parroquiales, se tomaria de estos bienes, para el sostenimiento de las iglesias y de cada pastor, una renta anual por lo menos de cincuenta ducados.

Las previsiones de Manuel Filiberto se realizaron veinte años mas tarde. En 1589 los bearneses, viendo el disgusto de Enrique III, rey de Francia, contra Carlos Manuel, hijo y sucesor de Manuel Filiberto, que se habia apoderado del marquesado de Saluces, entraron en el Chablais en número de diez mil hombres, haciendo los mayores destrozos, unidos á las impiedades mas desconocidas. Carlos, á esta noticia, parte de Turin, reúne en Saboya un ejército de mas de catorce mil hombres, vuelve á tomar en algunas semanas todo el país de que se habian apoderado, y firma en Nyon un tratado determinando que el ejercicio de las dos religiones sería libre, el de la reforma en tres lugares, y el de la religion católica por todas partes. Pero apenas partió, cuando los bearneses y ginebrinos, escitados por los franceses que hacían la guerra por su parte, volvieron á tomar las armas, y uniendo sus tropas á las de la Francia, cayeron de nuevo sobre los distritos, que se mostraron bajo el imperio del miedo tan prontos á cambiar de dueño como de religion. Esta perfidia tuvo un feliz resultado para los intereses de la causa católica, porque violando ellos mismos el tratado, los bearneses

cia el francés, el italiano y el español. Era afable, liberal é inteligente en los negocios, de un juicio muy recto y de una memoria excelente, tan hábil en el arte de la guerra, que Enrique IV decía no conocia mas que dos hombres dignos de este título de capitán, Carlos Manuel y Mauricio de Nassau, Príncipe de Orange. Ayudó con todos sus esfuerzos á San Francisco de Sales en la conversion del Chablais; pero se le ha echado en cara: 1.º una escesiva ambicion, que llegaba hasta querer apoderarse de la Provenza, del trono imperial del reino de Chipre y de la Macedonia; 2.º un gran disimulo, que hizo decir que su corazón era como su país, inaccesible; 3.º la infidelidad en sus alianzas, que dió lugar á decir que tenia una casaca blanca por un lado y roja por el otro, y que volvía cada mañana segun el partido cuyo color queria enarbolar, de donde ha venido la espresion *volver la casaca*, para decir *cambiar de partido*. Los grandes elogios que San Francisco de Sales ha hecho de este príncipe, nos llevan á sospechar exageracion en estas acusaciones.

y ginebrinos desligaban al Duque de la palabra que habia dado de no tocar al culto protestante; pero, por otro lado, revelaba la poca sinceridad ó la cobardía de sus habitantes, cuya mayoría, regulando su fe por el espanto que les inspiraban las bombas y arcabuces, pasaban indiferentemente á la fe romana cuando veian á Carlos Manuel victorioso, ó al protestantismo cuando los herejes quedaban vencedores.

La guerra se sostuvo con diferente éxito hasta 1593, época en la cual, habiendo la conversion de Enrique IV al catolicismo quitado á los bearnese y ginebrinos la esperanza de ser sostenidos por la Francia, pidieron al Duque de Saboya una tregua, que fue concedida en el mes de octubre de 1593, con la condicion de que se contentarian con poseer en paz los territorios del Chablais y de Ternier, sin renunciar á sus derechos sobre los de Gex y de Gaillard. Apenas Carlos Emanuel concedió la tregua, cuando, deliberando sobre los medios de hacer entrar en la Iglesia católica á los habitantes de estos dos distritos, y creyendo que lo mejor era atraerlos insensiblemente por la persuasion con la ayuda de algunos predicadores celosos, instruidos y ejemplares, escribió al Obispo de Ginebra, Claudio de Granerio, para pedirle misioneros á propósito para esta obra difícil, pero importante. El Obispo escogió para esta mision á un sacerdote virtuoso y celoso, Mr. Francisco Bonchut, y le envió á Thonon, capital del Chablais, con el título de cura, persuadido de que, una vez ganada esta ciudad, el resto de la provincia seguiria facilmente su ejemplo; y que, por lo demás, los oficiales del príncipe que residian allí y la guarnicion católica que ocupaba el castillo, protegerian al sacerdote contra los ataques de la herejía (1).

Este digno eclesiástico puso manos á la obra, pero el éxito no correspondió á sus esfuerzos. Los herejes de la ciudad, secundados por los soldados de Ginebra y de Ber-

(1) *Vida de Claudio de Granerio*, lib. III, cap. II y III.

na, á los que habian llamado para ayudarlos en su rebelion, rompieron el yugo del castillo de Thonon, y destruida esta fortaleza que los contenia en el deber, el párroco, aunque piadoso y celoso, no creyó oportuno permanecer mas tiempo, ya por no considerar su vida segura en la ciudad, ya por desesperar de la conversion de los herejes en tanto que las cosas siguiesen en aquel estado. El Duque de Saboya, afligido por su partida, se apresuró á escribir al Obispo de Ginebra, para pedirle otro misionero mas animoso y perseverante.

Grande fué entonces el apuro de este prelado: por un lado estaba firmemente resuelto á corresponder á los deseos del Duque y á no abandonar aquella mision; por otro lado no sabia dónde encontrar obreros capaces de una empresa tan difícil, y superior al desaliento que un primer ensayo inutil no podia menos de inspirar. El propósito se presentaba á su pensamiento, y la alta consideracion de que gozaba en la provincia la casa de Sales, la dignidad de propósito, que realizaba su juventud é imponia respeto, su piedad eminente, su celo ardiente, su ciencia profunda que le hacia muy á propósito para defender la fé y desbaratar todas las sutilezas de la herejía, su dulzura incomparable que ganaba las corazones, su gran reputacion de santidad que le habia ya conciliado la estimacion universal, todo le movia á considerarle como el hombre designado por la diestra de Dios para aquella obra. Pero enviarle á una mision tan peligrosa era disgustar á toda la familia de Sales; era causar, sobre todo al Señor de Boisy, una pena extrema; y se debian algunas consideraciones á un señor de un rango tan elevado.

En esta perplejidad, el piadoso Obispo empezó por encomendar á Dios el asunto, dirigiéndole oraciones fervorosas acompañadas de mortificaciones y ayunos, como acostumbraba hacer siempre que encontraba en su administracion dificultades serias é importantes. Luego, sin hablar á nadie de las cartas que habia recibido del Duque de Saboya ni del designio que meditaba, sin descubrirse

ni aun al Prepósito, con el fin de que el Señor de Boisý no pudiera imputarle haber comprometido á su hijo á este peligroso apostolado, se propuso conducir el negocio de modo que pareciera aceptar una oferta, pero no imponer una mision. Para conseguir su objeto, convocó una asamblea de canónigos de la catedral y otros eclesiásticos de mérito, sin decir el objeto que la motivaba. Cuando estuvieron reunidos, les espuso el estado del Chablais, les leyó las cartas del Duque de Saboya, añadiendo que no se podia dejar de conocer la voluntad de Dios en la del príncipe que pedía con tanta instancia predicadores para aquellos países infortunados; que no podia haber mision mas gloriosa, mas digna de un ministro de Jesucristo, que volar en socorro de las almas rescatadas con su sangre y que el infierno queria arrebatarle. «Es cierto, añadió »luego, que es necesario consagrarse á grandes trabajos, »esponerse á grandes peligros capaces de espantar al ánimo mas intrépido; pero si todos los dias el atractivo de »una ganancia temporal hace afrontar á los mercaderes »las tempestades y los escollos del Océano; si ni la vista »de los peligros ni el temor de los trabajos y fatigas los »detiene, los ministros de Jesucristo, que estan animados »por miras mas altas, cuales son los grandes intereses de »la gloria de Dios y de la salvacion de las almas, ¿podrán, »por una indigna cobardía, retroceder ante los peligros y »los obstáculos? No: estimo demasiado á mi clero para dudar un solo instante de que se encuentren en él hombres »animosos, prontos á sacrificarse por la conversion de los »herejes. Bien sé que no basta valor; es necesario un conjunto de cualidades raras para lograr el éxito en una obra »tan importante y tan difícil; y esta consideracion es la »que me ha hecho reuniros aquí, para ilustrarme con vuestros consejos, y preguntaros en cuáles pensais que podré »encontrar la voluntad y los medios de desempeñar dignamente esta comision.»

Cuando el Obispo cesó de hablar, un silencio profundo reinó en la asamblea. Los males que el Señor de Bouchut

habia sufrido, y los peligros aun mas graves de que se habia sustraído por la fuga, intimidaban á los asistentes, y nadie se presentaba, pero todas las miradas se dirigian sobre el Prepósito, á quien, por lo demás, correspondia contestar el primero, en su cualidad de gefe del capítulo. Se levantó, pues, y dijo: «Monseñor, si me creeis capaz de esta »mision, y me mandais emprenderla, estoy pronto á obedeceros, y me regocijaré de vuestra eleccion: *In verbo tuo laxabo rete.*» (1) Y mientras hablaba así, se notó sobre su rostro un resplandor extraordinario que indicaba la alegría de la esperanza. El Obispo, que esperaba esta respuesta, replicó: «No solo os creo capaz y muy á propósito para este »empleo, sino que el orden me parece pedir que, ocupando el primer lugar en mi diócesis, seais el gefe de esta »empresa, y marcheis el primero en esta mision de celo. »A falta vuestra, me hubiera creído obligado, á pesar de »mi poca fuerza y salud, á ir yo mismo á esta empresa; »así es que os doy gracias por haberme aliviado de esta »carga (2).»

El Señor de Boisý, que no moraba ya en el castillo de la Thuile, y habia vnelto á habitar el antiguo castillo de Sales (3), no tardó en saber la designacion que se acababa de hacer de su hijo para la mision del Chablais. Esto fue como un rayo para aquel tierno padre: enviar en medio de los herejes á un hijo tan querido, objeto de tantas esperanzas y de tanto cariño, en su pensamiento era enviarlo á la muerte. Por eso, á pesar de su edad de setenta y dos años monta á caballo sin perder un instante, corre á Annecy, se dirige á toda prisa á casa de su hijo, y le hace las súplicas mas vivas y mas tiernas. El Prepósito, profundamente conmovido por el dolor de su padre, llora con él y siente partírsele el corazon; «pero Dios lo quiere, le dice, »y debo obedecer: yo espero que su bondad os dará la re-

(1) Es decir, echaré la red sobre vuestra palabra

(2) Carlos Aug., p. 78.

(3) *Casa de Sales*, p. 189.

»signacion y el valor de hacer el sacrificio.» El padre insiste y ruega, mas el santo sacerdote permanece firme en su designio, como la roca contra la cual todas las olas vienen á estrellarse inútilmente. «Pues bien, sígueme á casa »de Monseñor, le dice entonces el buen anciano en medio »del más profundo dolor; confío en que no resistirá como »tú á las lágrimas de un padre y á la voz de la razon.» Se dirigen al palacio episcopal, y apenas llegan á la presencia del Obispo, cuando el Señor de Boisy se precipita á sus pies. «Monseñor, le dice con una voz embargada por »las lágrimas y entrecortada por los sollozos, yo he permitido á mi hijo primogénito, que era la esperanza de mi »casa, de mi ancianidad y de mi vida, que se consagrara »á la Iglesia para ser *confesor* (1), pero no puedo permanecer impasible en que sea *mártir*, y á que le envíeis al »matadero, como una víctima, para ser despedazada por »los lobos.» (2) El Obispo de Ginebra, que unia á una extrema sensibilidad mucho amor y respeto al Señor de Boisy, no pudo permanecer impasible á la vista de un dolor tan profundo, y mezcló sus lágrimas á las de este buen padre, sin proferir una sola palabra; solo Francisco tuvo fuerza para hablar, y fué para recordar, con tanto respeto como miramiento y dulzura, que su carácter de sacerdote le obligaba á imitar á Jesucristo, y á decir á sus padres lo que el divino Maestro respondia á los suyos, que le echaban en cara haberlos dejado: *No sabéis que es necesario que me ocupe de los intereses de mi Padre celestial?* (3)

El Señor de Boisy, lejos de rendirse á estas observaciones redobló sus instancias, pero con tanta fuerza y dolor, que el Obispo cada vez mas conmovido, parecia á punto de ceder. «Monseñor, exclamó el santo sacerdote con una

(1) En el lenguaje eclesiástico, se llama *confesor* al que por la santidad de la vida honra la religion y la profesa en grado elevado, y á pesar de todos los obstáculos.

(2) *Casa de Sales.*, p. 109.

(3) *Luc.*, II, 49.

»energía apostólica, manteneos firme. ¡Acaso queréis hacerme indigno del reino de Dios! ¡He puesto la mano en »el arado, y queréis que vuelva atrás por consideraciones »humanas!» (7) El Obispo, por fin, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, dijo al Señor de Boisy: «Acordaos, Señor, »de que los dos lleváis el nombre de San Francisco de Asís, »y cuidad que vuestra resistencia no lleve á vuestro hijo »á obrar como su patrono, y deje como él hasta sus vestidos, para entregároslos delante de mí y seguir en ese estado de despojo, la bandera de Jesus Crucificado.» (8) No rindiéndose el buen anciano á estas razones, el Obispo le citó el ejemplo de Abraham, que no solo no habia resistido á la voluntad de Dios cuando se trataba de la muerte de su mismo hijo, sino que habia tomado en sus propias manos el cuchillo para inmolarle.

Ante la idea de un padre que inmola á su hijo, el Señor de Boisy mas conmovido que nunca, llorando, sollozando, perdiendo toda esperanza: «No pretendo, replicó »levantándose para retirarse, no pretendo resistir á la voluntad de Dios, pero tampoco quiero ser homicida de mi »hijo; no soy digno de que un ángel venga á detener el »golpe que podia sacrificar á este Isaac, y por eso rehuso »consentir en la inmolation; me opongo por lo que á mi »toca; que Dios, sin embargo, obre segun su beneplácito.» Francisco, recogiendo estas últimas palabras, se arroja á los pies del venerable anciano: «¡Oh padre mio! le »dice, os ruego me hagais la gracia, no solo de no resistir, »sino de alentarme con vuestra bendicion.—Hijo mio,

(1) Alusion á estas palabras de Nuestro Señor: *Nemo mitens manum suam ad aratrum, et respiciens retro, aptus est regno Dei.* El que despues de haber puesto la mano en el arado vuelve atrás, no es apto para el reino de los cielos. (*Luc.* IX, 62.)

(2) El padre de San Francisco de Asís, no pudiendo sufrir que su hijo diera á los pobres todo lo que tenía, le llevó ante el Obispo de Asís para hacerle renunciar en su presencia la herencia paterna. Este Santo hizo mas de lo que se le pedia; dejó sus vestidos y los entregó á su padre, añadiendo que en adelante podria decir con mayor derecho: «Padre nuestro que estás en los cielos.»

»respondió el Señor de Boisy, muchas veces he recibido  
 »tu bendicion en la santa Misa, en el confesonario y en  
 »tus sermones; Dios me libre de maldecirte nunca, ni cor-  
 »poral ni espiritualmente; pero está seguro de que nunca  
 »obtendras de mí, ni bendicion ni consentimiento para tu  
 »empresa.» Ya pronunciadas estas palabras, el anciano,  
 bañado en lágrimas, dejó á su hijo con el Obispo, y se  
 retiró desolado al castillo de Sales (1). Allí, sumido  
 en un profundo dolor, buscaba un pretexto para hacer  
 que su hijo desistiese; pensó que quizás el Marqués de  
 Lullin, su amigo, sería mas feliz que él para ablandar una  
 voluntad tan firme, y en su consecuencia le pidió y le su-  
 plicó fuera á buscar á aquel hijo tan querido, al que ce-  
 gaba, segun él, un celo temerario, y le hiciera comprender  
 los grandes peligros á que iba á esponer su honor y su  
 vida: su honor por las pocas probabilidades de éxito que  
 ofrecia aquella empresa; su vida, porque iba á esponerse  
 sin defensa al furor de los herejes.

El Marqués, prestándose con gusto á este servicio de  
 amigo, fue á buscar al Prepósito, oyó sus razones, y quedó  
 tan convencido, que lejos de combatirlas le aplaudió, pro-  
 metiendo secundar una mision tan hermosa con toda su  
 proteccion y autoridad.

De vuelta al castillo de Sales, este amigo cristiano tu-  
 vo el valor de decir francamente al Señor de Boisy todo  
 su pensamiento. «He reconocido, le dijo, en vuestro hijo  
 »un impulso divino tan visible, que me creería culpable  
 »si no le hubiese confirmado en su proyecto. Sois muy fe-  
 »liz en tener un hijo tan amado de Dios, y sois demasiado  
 »juicioso y temeroso de Dios para oponeros á su voluntad,  
 »en el cumplimiento de un designio que glorificará tan  
 »altamente su nombre, exaltará á la Iglesia, honrará á la  
 »Saboya, y dará mas lustre á vuestra casa que todos sus  
 »demás títulos, por mas escelentes que sean.» Pero la ter-  
 nura paternal estaba alarmada tan vivamente en aquel

(1) Carlos Aug., pag. 79.

buen anciano, que no podia hacerse cargo de estas repre-  
 sentaciones; así es que permaneció invencible en su opo-  
 sicion, y el Prepósito se resignó á partir sin el consenti-  
 miento y la bendicion de su padre.

Varios eclesiásticos se ofrecieron á acompañarle, y tra-  
 bajar bajo su dirección en esta grande obra; pero enemigo  
 del ruido y de la pompa que resultaria de una comitiva  
 numerosa (1), no llevó consigo mas que al canónigo Luis  
 de Sales, su primo, cuya dulzura, buen juicio, talento cla-  
 ro y metódico conocia, y que ya habia dado pruebas de su  
 ciencia en Teología y en el don de la predicacion. Antes  
 de partir, fueron los dos á encomendar su empresa á las  
 oraciones de sus canónigos y á los sacerdotes de la ciu-  
 dad, instándoles pidieran á Dios el buen éxito de ella en  
 el santo Sacrificio; de allí se dirijieron al Obispo, que les  
 entregó las letras auténticas de sus poderes para la mision  
 con las patentes del Duque de Saboya, los bendijo con  
 toda la efusion de su corazon, y los abrazó con lágrimas  
 de gozo y de ternura.

Se ocuparon en seguida de sus preparativos de viaje,  
 que fueron cortos y sencillos: lo estrictamente necesario  
 para las necesidades del cuerpo; el Breviario, la Biblia, y  
 las Controversias de Belarmino (2) para las necesidades del  
 alma, constituian todo su equipaje, con el cual partieron  
 de Annecy el 9 de setiembre de 1594, dejando á toda la

(1) Lonquetene, p. 144.

(2) Este libro de las *Conferencias* del Cardenal Belarmino, es una refutacion  
 completa de todas las herejías y de todas las sectas, á juicio de un famoso mi-  
 nistro calvinista, Francisco Junius Beza, que despues de haberlo leído esclama-  
 ba: «Estamos perdidos; este libro por sí solo confunde toda la reforma.» Isabel,  
 reina de Inglaterra, quedó tan temerosa por la suerte de la religion anglicana, que  
 fundó en la universidad de *Cambridge* una cátedra para refutarlo, y dió un edic-  
 to condenando á pena de muerte al que lo poseyera; lo que impidió tan poco  
 su venta, que un librero de Londres que lo vendia secretamente, decia: «Este  
 »Jesuita me hace ganar mas que todos nuestros teólogos protestantes.» Belar-  
 mino, en efecto, uno de los prodigios de su siglo, hombre tan eminente en pie-  
 dad como en ciencia, habia entrado muy joven en la Compañía de Jesus, y se  
 habia dedicado con un celo infatigable á reunir todas las pruebas en favor de